

ALFAGUARA



René Freund

El amor entre los peces

Traducción de Claudia Toda Castán

16 de junio

—Contestador de Alfred Firneis. Por favor, no deje un mensaje. No pienso llamarle.

—Saludos, señor Firneis. Soy la señora Beckmann, si es que mi nombre aún le suena. Escuche, ya va siendo hora de hacer algo, de sacar un buen librito. No hace falta que sea mucho, Firneis. Seguro que tiene ya algo en la recámara. Por favor, tenga la amabilidad de llamarme, ya veo que por correo electrónico no hay manera. ¿Le da problemas el ordenador?

18 de junio

—Contestador de Alfred Firneis. Por favor, no deje un mensaje. No pienso llamarle.

—Soy yo otra vez, la señora Beckmann. Escuche, de verdad que va siendo hora de sacar algo nuevo. ¡Los comerciales empiezan a presionarme! ¡Señor Firneis, el mercado se muere por usted! Hemos vendido ciento cincuenta mil ejemplares de *A la luz de los rascacielos*. Y *Más allá de Mitte* está agotado, ahora mismo estamos reimprimiendo. Es usted el único poeta en lengua alemana que hace caja, tiene que escribir más. ¡El mercado olvida rápido! Llámeme lo antes posible, ¡o al menos encienda el móvil!

19 de junio

—Contestador de Alfred Firneis. Por favor, no deje un mensaje. No pienso llamarle.

—Se me ocurre incluso un título para usted, señor Firneis. Algo con Kreuzberg. Algo así como *Querido Kreuzberg*, pero diferente. Con más garra, más poético. Usted sabe a lo que me refiero, Firneis. No podemos perder más tiempo.

19 de junio

SMS: «Estimado señor Firneis: odio su contestador. Por favor, llámeme».

20 de junio

Mensaje en el buzón de voz:

—Querido señor Firneis, sé que está usted en Berlín. Este juegucito suyo es ridículo. Le diré la verdad: ya he anunciado su próximo poemario. Solo nos faltan los textos. ¡Y el título! Yo... En fin, le subo los derechos al once por ciento. ¡Por favor, llámeme! Susanne Beckmann. Soy su editora, por si lo ha olvidado...

21 de junio

«Pues bueno —pensó Susanne—, al final habrá que hacerlo por el camino difícil». No es que le molestara, así al menos saldría de la editorial y, en una tarde soleada como esa, tampoco estaba tan mal. Sin embargo, retrasó un tanto su visita al barrio de Kreuzberg*. Como buena «moderna de Mitte**» (así se autodenominaba) primero disfrutó del paseo de media hora que separaba su oficina, en Tucholskystraße, de su piso, en Kollwitzstraße. Aunque para su gusto la cantidad de iPhones y iPads que se veía por el barrio era exagerada, toda aquella gente joven y elitista la hacía sentirse rejuvenecida y cosmopolita.

Susanne había tenido la suerte de encontrar una vivienda asequible en las inmediaciones del barrio de Prenzlauer Berg*** antes del *boom*. Nada menos que un ático con terraza, en la que en ese momento se estaba tomando un café. Le encantaba su pequeño refugio, con el entarimado y la mesa de madera, en el que se reunía algunas noches con sus amigos al amor de una botella de vino y unas velas. No podía ser mejor. En fin, quizá faltaba un hombre para que la perfección fuera completa, como tenía que reconocer si era sincera consigo misma. Claro que había hombres en su vida, pero faltaba *el* hombre. Lo que esperamos de una pareja no disminuye precisamente con la edad, y las expectativas de Susanne eran tan grandes como su determinación de vivir sola antes que con alguien que no la convenciera del todo.

* Distrito de Berlín conocido por su cultura alternativa, ahora muy de moda y en proceso de aburguesamiento. (*N. de la T.*)

** Principal distrito de Berlín, en el centro de la ciudad. En él se encuentran los lugares turísticos más representativos. (*N. de la T.*)

*** Distrito colindante con Mitte, que alberga una parte importante de la escena alternativa de la ciudad. Está perdiendo su carácter bohemio debido al aburguesamiento y la subida del precio de la vivienda. (*N. de la T.*)

Regó las matas de romero y los pequeños laureles y se dio una ducha fría antes de ponerse en camino a Kreuzberg. Un camino que no emprendía a gusto, no solo por la misión que tenía que cumplir, sino porque Kreuzberg no le entusiasmaba. En especial la zona de Bergmannkiez, donde vivía Alfred Firneis, le parecía un poco mugrienta y completamente sobrevalorada.

La editora Susanne Beckmann se detuvo delante de un edificio y miró la fachada. Las ventanas del segundo piso estaban cerradas y muy sucias. Cogió aire y empujó la pesada puerta de la calle.

Ya arriba, llamó una y otra vez al estridente timbre. En la puerta había una plaquita de latón donde ponía: «Alfred Firneis». Al lado, cuatro agujeritos que demostraban que se había quitado una placa anterior. El descansillo parecía un punto de reciclaje de papel: había pilas de cartas, folletos y paquetes por todas partes. Se quedó inmóvil y escuchó atentamente: alguien se movía dentro del piso. Así que decidió seguir llamando, dando a los timbrazos un ritmo lo más impertinente posible.

Por fin se abrió la puerta. Alfred Firneis apareció ante su editora un poco encorvado, pero en absoluto sorprendido. Llevaba pantalones cortos y una camiseta interior de tirantes, cuyas innumerables manchas bien podían servir para determinar su dieta de los últimos días.

—Lo sabía —dijo.

—Pues si lo sabía, podía haber abierto un poquito antes —contestó ella—. ¿Puedo pasar?

El hombre se hizo ligeramente a un lado:

—No está muy ordenado...

Susanne sorteó a su autor para entrar y la puerta se cerró. La oscuridad reinaba en aquella casa antigua porque la suciedad de los cristales no dejaba pasar la luz. Miró a su alrededor: «*No muy ordenado* es quedarse muy corto —pensó—. Es quedarse cortísimo». En realidad,

no había ni un asiento despejado que Alfred pudiera ofrecerle a su editora. Había botellas vacías y semivacías por todas partes. Los ceniceros rebosaban, las cajas de pizza con restos y los recipientes de comida china bloqueaban el sofá y las sillas, mientras que montones de periódicos y revistas se apilaban en la mesa.

—¿Quiere algo de beber? —ofreció el escritor—. ¿Jack Daniel's, Smirnoff? Tengo burdeos por algún sitio... ¿O prefiere un montepulciano?

—¿Y algo sin alcohol?

—Agua del grifo.

—Entonces mejor vino.

Cogió una de las copas que andaban por ahí y se la llevó a la cocina. El panorama era peor que en el salón. Alfred la siguió, un poco avergonzado.

—Deje, ya la friego yo —le dijo Susanne, que prefería ir sobre seguro con su copa.

—¿Por qué ha venido?

—Oiga, su fregadero tiene hongos.

—Son para la pizza *funghi*.

Como no encontró ningún trapo que le inspirara confianza, le preguntó con un gesto de la copa aún goteando:

—¿Dónde está el vino?

Por toda respuesta él comenzó una búsqueda que lo llevó a un armario de la cocina, luego a la nevera y finalmente al salón. Pero solo encontraba botellas vacías. Eso sí, por el camino tropezó con el Jack Daniel's y le dio un buen trago directamente a morro. Y es que el whisky va muy bien para los sobresaltos, por ejemplo los de una visita inesperada.

—Voy a llamar a la tienda de abajo —dijo al fin—. Aunque es musulmán, Özer me sube vino cuando tiene tiempo. Pero puede que tarde una o dos horas.

—¿Y por qué no baja usted solito a comprarlo?

—No puedo —Susanne lo miró inquisitiva. Él le dio otro trago a la botella y suspiró—: Hace semanas que no salgo a la calle.

—¿Por qué no?

—No me interesa...

—Bueno, pues ahora mismo vamos a salir los dos a buscar esa botella.

—¡Ni hablar! —advirtió que había levantado la voz más de la cuenta y explicó—: Es que verá... Ahí fuera me dan como..., como mareos. A mucha gente le pasa. Como si todo diera vueltas...

—Si le doy la mano, estará a salvo.

—No se moleste, de verdad. Ahí fuera hay demasiado lío para mí. Cuando hay mucha gente, por ejemplo en el supermercado... ¿Conoce la sensación? El corazón se me acelera, se me desboca, me va totalmente irregular. Siento mareos y tengo que volver corriendo a casa. Aquí estoy bien. Así que ahora voy a llamar a Özer. Es uno de los últimos turcos que quedan en Kiez, los están echando esos amiguitos suyos berlineses occidentales de Mitte, con sus cochecitos de niño de superlujo.

—Primero: no son *mis* amiguitos berlineses occidentales. Y segundo: el único inmigrante aquí es usted, que para eso es austriaco.

—Dígame, ¿para qué ha venido?

Susanne se acercó a una de las ventanas del salón y la abrió de par en par:

—Necesita usted ayuda.

El aire fresco entró por la ventana y, con él, el ruido de la calle, unas carcajadas y el canto de los pájaros. El escritor se cruzó de brazos:

—No se debe ayudar a quien no lo ha pedido.

—Alfred, necesita ayuda profesional.

—¿De un psiquiatra?

—Antes que nada, de una señora de la limpieza.

22 de junio

SMS: «Querido Alfred: por favor, encienda el ordenador. Un saludo, Susanne».

SMS: «gracias por la limpieza. me temo que ahora quien necesita ayuda profesional es ella. psicológica, esta vez 😊».

SMS: «Abra el correo electrónico para que pueda escribirle. Me cansa el móvil».

SMS: «no puedo abrir el correo».

SMS: «?».

SMS: «he tirado el portátil».

SMS: «¡¿Con los poemas nuevos dentro?!».

SMS: «no se preocupe. primero lo hice añicos con un martillo y solo después lo eché al contenedor».

Conversación por el móvil:

Susanne: Dígame que era una broma.

Fred: ¿Por qué iba a serlo?

Susanne: ¿De verdad ha destrozado el portátil?

Fred: Sí.

Susanne: Tenemos que hablar.

Fred: No necesito ayuda.

Susanne: ¡Yo sí que necesito ayuda!

Fred: ¿Doméstica o psicológica?

Susanne: Necesito un libro que se venda, y lo necesito con urgencia.

Fred: Pues debería buscarse un buen autor. Inténtelo con una novela negra, parece que funcionan muy bien.

Susanne: Ya sé lo que ha pasado. Ha decidido cambiar de editorial.

Fred: ¿Pero qué dice?

Susanne: Seguro que se ha ido a Suhrkamp.

Fred: No.

Susanne: ¡A Hanser!

Fred: ¡No!

Susanne: ¿Quiere que quedemos a comer?

Fred: No.

Susanne: ¡Por favor, Alfred! Colabore un poco...
¡También usted necesita dinero!

Fred: No puedo. No puedo estar ahí fuera, con toda esa gente...

Susanne: Voy yo a su casa.

Fred: No sé...

Susanne: En dos horas, a las siete estoy allí.

Fred: Hoy ha venido la señora de la limpieza, ya no puedo más. Estoy cansado.

Susanne: Mañana.

Fred: Llámeme mañana.

Susanne: ¡No cogerá el teléfono!

Fred: Bueno...

Susanne: Mañana a las siete estoy en su casa.
¡Adiós!

Sobre el autor

René Freund nació el día de San Valentín de 1967 en Viena. Hijo del director de televisión y gestor cultural Gerhard Freund, estudió teatro, filosofía y etnografía en la Universidad de Viena y trabajó como dramaturgo en el Teatro Josefstadt de la capital austriaca. Es autor de novelas, guiones para televisión y obras de teatro (por las que ha ganado varios premios), y también traductor del inglés y del francés. Entre sus obras destacan el libro de sátiras *Stadt, Land und danke für das Boot* (Ciudad, región y gracias por el barco) y la novela *Wechselwirkungen* (Interacciones). En 2011 fue elegido miembro de la Asamblea de Autores de Graz. Vive en Grünau im Almtal, un pequeño pueblo en los Alpes austriacos.